



ROMANCE DUODÉCIMO

Llegaron á san Dionís
Con música, fiesta y galas,
A cuya puerta el obispo
De pontifical estaba,
Con su guion y gremial,
Alba, mitra, estola y capa.
.....
Hechas ya las oraciones,
Llegan á la pila santa.

EL MARQUÉS DE MANTUA,
comedia de Lope de Vega.

¡OH infelices mortales!... ¡cuántas veces
El suspirado objeto de sus votos
Orígen es de nuevas desventuras,
Y el remedio de un mal fuente de otro!

El castillo de Salas, restaurado
En su antiguo poder, pompa y decoro,
Es mansion de dolor, de afán, de susto,
Más que lo fué en su mísero abandono;

Y de Lara el señor, que ver deshecho
Consigue de fortuna el ceño torvo,
Y acrisoladas su inocencia y honra,
Ahogado yace y sumergido en lloro.

El vencedor gallardo, el hijo suyo,
A quien despues de Dios lo debe todo,
El héroe triunfador, cuyo denuedo
Derribar pudo al bárbaro coloso

De calumnia y traicion que le oprimia,
Y deshacerlo en ignominia y polvo,
Y á Castilla, y á España, y á la tierra
Libres dejar de tan horrendo monstruo;

Un lecho de dolor, lecho que puede
En un sepulcro convertirse pronto,
Logra por carro de victoria, carro
En que va de la muerte al Capitolio.

Mas no, no hay que temer: el justo cielo
Con la piedad filial nunca fué corto;
Y en el momento mismo del peligro,
Le dió oportuno el salvador socorro.

Kerima en sí de la salud y vida
Los elementos trajo portentosos,
La ciencia y el amor: sí, de los brazos
Sacará de la muerte al noble moro.

Ella á su cábecera noche y día,
Sin apartar los penetrantes ojos
De la faz moribunda, inquiere, observa,
Y le aplica los bálsamos ignotos,

Que ó bien trajo consigo, ó que elabora,
Siguiendo experta los preceptos doctos
De Aberróes, su norte y su maestro,
Con las plantas que encuentra en los contornos.

Tal acierto logrando, y de sus mixtos
Siendo el efecto tan visible y pronto,
Que pocas horas, de peligro fuera
Pone al mancebo; y en Kerima, absorto,

Ve el vulgo ciego una potente maga,
O del gallardo Expósito al custodio,
Que porque alcance el agua del bautismo,
Bajó á guardarle de la vida el sopro.

A Salas y á Castilla, de Mudarra
Dándolos fué el alivio poco á poco
Esperanza, consuelo y alegría,
Seguridad al fin, paz y alborozo;

Y lugar al discreto anciano Nuño,
Para entregarse sin ningun estorbo
A los recuerdos, agradables siempre,
De luengas tierras y de tiempos otros,

Con Egidio el mozárabe.—Era Egidio,
De peregrinacion en los remotos
Climas su compañero, aquel anciano
De extraño traje y arrugado rostro,

Que con Kerima de hombre disfrazada,
Llamando la atencion logró acomodo
En la barrera, en el momento mismo
De entrar Velazquez á morir al coso.

Mutuamente se dieron larga cuenta
De sus varias fortunas y trastornos;
Y el mozárabe al noble castellano
El impensado y sorprendente modo

Le refirió, con que dispuso el cielo
Traerle á buscar el último reposo
En tierra de cristianos, do un amigo
Pueda cerrar sus apagados ojos.

Egidio en la ribera que tributa
Aguas del Nilo al egipciano ponto,
Se separó de Nuño; y esperando
Ver aplacado de la suerte el odio,

Y más benevolentes las estrellas,
Tornó á su patria, en que dejó el tesoro
De su hija Gala entre los torpes brazos
Del robador Giafar. Feliz y corto

Su viaje fué; pero al tocar la orilla,
Donde Guadalquivir su curso undoso
Revuelve entre olivares y jardines,
Las altas cimbras y recuadros de oro

De la insigne mezquita cordobesa
Reverberando en sus cristales hondos;
Hirió su pecho la fatal noticia,
Cual hiere un rayo al combatido escollo,

De que la prenda de su amor paterno
Era en la tumba ya huesos y polvo,
Dejando desdichada en este mundo
El tierno fruto del infame robo.

Al recibir tal nueva el triste padre,
Convulso de terror, ahogado, loco,
Huyó de la ciudad; buscó un asilo
De la sierra en los cerros más remotos,

Y concibiendo el pensamiento amargo
De ver, y de consigo los despojos
Conservar para siempre de su hija;
De la noche á favor turbó el reposo

Del cementerio, abrió el sepulcro helado,
Y de él robando el esqueleto mondo,
En la gruta de que hizo su morada,
Bajo de una cruz tosca sepultólo.

En aquella aspereza, entre los riscos,
Coronados de musgo y de madroños,
De horribles precipicios circundada,
Y guarnecida de robustos troncos,

Detestando el comercio de los hombres,
Y sin ver más vivientes que los lobos,
Terror de la montaña, ó los milanos,
Despreciadores del rugiente noto;

Largo tiempo vivió. Despues á veces
Dejóse acaso ver en los contornos,
Ora á dar á un perdido caminante
Consuelo y direccion; ora socorro

Al cazador, que en las fragosas quiebras
Se despeñaba persiguiendo corzos;
Ora alivio á los pobres leñadores
Sofocados del recio sol de agosto;

Siempre en fin á hacer bien; y conocido
Del *solitario* con el nombre, todos
Cual númen de la sierra le encontraban
Con gran respeto siempre y con asombro.

—La noche que á Mudarra Giafar quiso,
Del Amir en la fuente, rencoroso
Asesinar, Egidio oraba acaso,
Sentado en un peñasco no remoto;

Y al escuchar los gritos del mancebo,
Y el resonar de los alfanjes corvos,
Corrió, temiendo alguna desventura,
A donde le llamaba el eco sordo.

Llegó cuando el tirano moribundo,
Nadando en sangre, despechado, solo,
Lanzaba el alma horrenda; y á la luna,
Que refulgente entre celajes rotos

Derramaba sus últimos reflejos,
Reconocerle pudo con asombro,
Del cielo vengador la alta justicia
Viendo patente, de terror absorto.

Mas olvidando que era su enemigo,
Causa de su infortunio y de su oprobio,
Trató de darle, en caridad ardiendo,
Aunque fué en vano, el postrimer socorro,

Y en sus brazos murió. Tal vez sería
La fantasma espantosa y el coloso
Que creyó ver Muley, cual moribundo
Refirió á los pastores en el chozo.

—Poco despues, la destemplada tarde,
En que, por despedida del otoño,
Fué la tormenta, que abrasando pinos
Y en torrentes tornando los arroyos,

Sorprendió de la sierra en los senderos
A Kerima, fugada de su propio
Alcázar y jardin; Egidio estaba
Contemplando confuso aquel trastorno,

Y alzando al cielo humildes oraciones
Léjos de su mansion entre unos troncos
O peñas guarecido. Vió asombrado
A la hija de Giafar cruzar de pronto,

Como una aparicion, como la sombra
De su madre infeliz: en talle y rostro
Tanto á la triste madre asemejaba.
El solitario al verla, del angosto

Abrigo sale, y «¡Gala!!!» repitiendo,
Corre en pos de Kerima, cuyo asombro
Fué, como dicho habemos, tal, que en tierra
Cayó: así la dejamos, bajo el toldo

Que con los secos brazos y los pliegues
Del manto que colgaba de sus hombros,
Formó el anciano atónito, queriendo
Del recio temporal darle recobro.

En cuanto Egidio se calmó un momento
Y tornó en sí de su sorpresa un poco,
Se le ocurre (y reanímase), si aquella
Será el fruto inocente de su oprobio;

Mas la medalla que en su pecho advierte,
Le dice ser una cristiana... ¿Cómo
Del musulman Giafar puede la hija
Tener al cuello semejante adorno?

Entró oscura la noche, recio el viento
Barrió las nubes, aclarando el polo,
Calmó la tempestad, y viendo Egidio
Que aún no da señas de salir del hondo

Letargo el ente aquel que lo confunde;
La alza en sus brazos de la yerba y lodo,
Y con tal carga fatigado, lento,
Hollando riscos y venciendo estorbos,

Llegar consigue á su repuesta gruta,
Y colocar sobre su lecho tosco
Aquel cuerpo infeliz, pálido, yerto,
Mas que aún late y respira. Presuroso

A la luz de una lámpara que enciende,
Toda suerte de abrigo y de socorro
Le da, y al cabo de terror ahogado,
Sus esfuerzos mirando infructuosos,

Se arroja de rodillas en la tierra,
Donde yacen de Gala los despojos,
Y encarado á la cruz de toscas ramas,
Al cielo acude con fervientes votos.

—Era ya media noche; gran silencio
Reinaba de la gruta en los contornos,
Turbado solamente con el grito
Del cárabo nocturno, ó de algun lobo

Con el siniestro aullido; y de repente
Lanzando el pecho de Kerima un corto
Quejido, la atencion del solitario
Llama. La ve moverse, abrir los ojos,

Girarlos en reedor como asombrada,
Despues incorporarse. Cual de un hondo
Sueño en sí vuelve la infeliz doncella,
Y, «¿Dónde estás, Mudarra?» grita. Ansioso

Acorre Egidio, y tierno le dirige
Palabras de consuelo y de conforto;
Mas, parada Kerima, inmóvil, muda,
Parece no escuchar. Registra en torno

La gruta con la vista, que al fin clava
En la cruz, mide con ardientes ojos
La sombra que esta sobre el suelo forma,
Donde su madre yace. Torna el rostro,

Contempla un rato al venerable viejo,
Y en relacion sin duda encuentra todo
Cuanto ve, con los vagos pensamientos
De su imaginacion, enferma, aborto;

Pues tranquila y en calma demostrando
Un dulce y completísimo abandono,
Exclama de repente: «¡Padre mio!»...
Vos lo sereis, pues no me queda otro.

Sin duda estoy en tierra de Castilla...
Llevadme con Mudarra... Sí, le adoro...
¿Dó está?... ¿le conocéis?... No, no es malvado:
Ya no tengo en el mundo más apoyo.»

Estas palabras rotas, el semblante
De Kerima, el faltarle aquel asombro
Que al verse en sitio tal darle debiera,
Su actitud rara y de su voz el tono,

El estado revelan de la jóven
Al solitario compasivo pronto,
Y aumentan su interés, pues que es su nieta
Le dice el alma. Tierno, cariñoso

La acaricia, le lleva la corriente,
Promete darle en su afliccion socorro,
Le hace nuevas preguntas, y escuchando
Al fin que es hija de Giafar, de gozo

Ahogado el corazon, la estrecha al seno:
Cae luégo de rodillas, fervoroso
Al Dios omnipotente gracias dando:
Se alza, y torna á abrazar á aquel retoño

De la hija desdichada. Que es su abuelo,
Le explica una y mil veces.—El coloquio
Que pasó entre los dos, es imposible
Que mi voz lo repita.—Sin asombro

Oyó Kerima al venerable anciano,
Aunque no sin sorpresa; pues ya el robo,
A que debió la vida, siendo muerte
De su gallarda madre, y los elogios

De ella, y su parte de cristiano origen,
Mil veces repetir de varios modos
Oyó á sus siervas y locuaz nodriza,
Y de su abuelo hablar á unos y á otros.

Si era cristiana, preguntóle Egidio;
Y que no, oyendo disgustado, «¿Cómo
Llevaba, replicóle, puesta al cuello
La imágen santa de la Virgen?»—Pronto

Kerima le contó su amarga historia,
Aunque en desórden y en truncados trozos,
Y con la confusion que demostraba
De su cerebro mísero el trastorno.

De Abdimelik la boda, la gran justa
Le refirió de Córdoba, y el modo
Con que dió el premio al vencedor Mudarra;
El furor de su padre; el matrimonio

Tratado con Zeir; la muerte horrenda
De Giafar, hecha sin saberse cómo
Por el mismo Mudarra, que al momento
Ponerse consiguió con Zaide en cobro.

Aquí ingirió de Lara y de Velazquez
Los antiguos rencores y los odios,
Que oyó contar á la infeliz María,
Su esclava predilecta: el espantoso

Presente que su padre á Lara hizo
De las siete cabezas, cual oyólo
Referir, de prodigios adornado;
Y pasmando al abuelo, que ya absorto

La escuchaba, contóle que Mudarra,
Su dulce amor, su idolatrado novio,
De Zahira y de Lara el castellano
Era hijo y heredero: que animoso

Marchaba hácia la corte de Castilla
A dar venganza con esfuerzo heróico
A sus hermanos, y á sacar al padre
De una torre y horrendo calabozo,

En que el traidor Velazquez lo tenia.
Y sobre sí volviendo, el abandono
Refirió la infeliz, en que se hallaba,
Su aguda enfermedad, y en fin el modo

Con que dejó su alcázar, y á la sierra
Vino á encontrar tan venerable apoyo:
Mezclando en tal relato extravagancias,
Inconexas especies, risa y lloro.

De dudas y de extrañas confusiones
Arrojó al solitario en un mar hondo
La narracion de su perdida nieta;
Parecida á un torrente impetuoso,

Que salta por los riscos, arrastrando
Flores, y pajas, y volcados troncos,
Cadáveres y trozos de cabañas,
En remolinos, entre espuma, y todo

En tal desórden, que los ciegos bultos
Apénas deslindar pueden los ojos,
Ni distinguir sus diferentes formas,
Causando su total pasmo y asombro.

La horrenda historia del señor de Lara
No le es nueva en verdad, puesto que él propio
Le conoció de embajador, y supo
De Giafar la perfidia, el gran destrozo

Que se hizo en los cristianos de órden suya,
Del castellano la prision, y cómo
De sus hijos las míseras cabezas
Le pusieron delante. Ni tampoco

Ignora, que fué preso allá en su patria,
Ni de Velazquez el tenaz encono;
Pues años há que á un noble peregrino,
En los desiertos de la Siria, oyólo.

Tambien recuerda que conoce á Zaide,
Y que ántes de su fuga y de su oprobio,
Oyó hablar de un expósito, encontrado
En casa de Almanzor de extraño modo;

Mas de su mente, estos antiguos datos
La confusion aumentan y el embrollo,
Y para hallar un norte que lo guie,
Resuelve al cielo demandar socorro.

—Ya la primera luz en el oriente
Iluminaba los celajes rojos,
Cuando Kerima fatigada hundióse
Del sueño bienhechor en el reposo.

Salió de la caverna el solitario,
Al cielo alzando el fatigado rostro,
Y, puesto en cruz y de rodillas, pide
Que le sirva de antorcha y de piloto.

En demandar á Dios potente ayuda,
En planes combinar contradictorios,
Y en hacer mil preguntas á su nieta,
Con las que adelantar consiguió poco,

El mozárobe Egidio pasó el día.
Al declinar el sol, resuelve, ansioso
De abrazar un partido, el acercarse
A Córdoba, pues ya no existe el monstruo,

Causa de su retiro y desventuras:
Coge á su nieta, hácia los llanos pronto
Desciende, y llega á la ciudad al punto
En que extiende la oscura noche el toldo.

—La ausencia de Kerima dado habia
Grande susto en su alcázar, y alto gozo
Causó el verla venir con el anciano.
Aún la andaban buscando en los contornos

La nodriza y los fieles servidores;
Y en el palacio se encontraban sólo
María y los esclavos más humildes,
Que llenos de consuelo y de alborozo,

Mostraron gran lealtad á su señora.
De ella encargados sin temor dejólos
El solitario, haciéndoles preguntas
Que le dieron más luz; y presuroso

Fué á ver, si aún encontraba algun amigo
De quien tomar noticias. Encontrólo,
Nada tardó en volver, y ya informado,
Trazó su plan, como discreto, pronto.

Conoce que es su obligacion primera
El sacar de los lazos del demonio
A su nieta infeliz con el bautismo;
Y que cuando lo ve perdido todo

En Córdoba, llevársela á Castilla
Es urgente, do pueda noble esposo
En Mudarra lograr, alto heredero
De un nombre y de un estado poderosos.

Dejar resuelve pues la Andalucía,
Y los escasos restos del tesoro
De Giafar recogiendo, con su nieta,
Y con la predilecta esclava, y pocos

Más cautivos cristianos, para siempre
Dejó su patria, atropellando estorbos,
Logrando al cabo de penosa marcha
Verse en el castellano territorio.

El movimiento de tan gran viaje,
Los distintos objetos, que los ojos
Y la mente ocuparon de Kerima,
Le dieron más salud y más aplomo;

Y el tierno amor al venerable abuelo,
Y un dulce melancólico abandono
Calmaron su exaltada fantasía,
Que en nuevas esperanzas halló apoyo.

Apénas se internó la caravana
Por tierra de Castilla, hablar á todos
De Mudarra, mirado cual prodigio,
Y de su noble reto oyeron sólo;

Y de Egidio y Kerima fué el anhelo
De Salas arribar al territorio,
Antes que venza el plazo del combate,
Que da justa inquietud al uno y otro.

Apresurar la marcha dispusieron
(Que el tiempo era en verdad escaso y corto),
Y las nieves, las lluvias, los torrentes,
Y los montes helados y fragosos

Obstáculos continuos oponian,
Y á su priesa y afan riesgos y estorbos.
En la víspera misma del combate,
Casi al anochecer, los muros toscos

Del castillo de Salas avistaron:
Mas informados por fortuna pronto
De que los Laras en el mismo día
Salieron para Burgos, sin reposo

En la villa buscar, toda la noche
A Burgos caminaron, y tan sólo
Por el retardo del traidor Velazquez,
Llegar lograron, para ser socorro